

Fernando Binvignat

## Cantad sus rondas floridas

A los niños de la Escuela de La Cantera (1)



**N**IÑOS de mi Chile puro,  
chamanto de copihueras,  
mi Chile que desde el Ande  
baja hasta su mar de felpa  
con su hermoso cuerpo verde  
y con las doradas venas  
de sus ríos cisandinos,  
de minerales y siembras,  
voy a deciros llorando  
la causa de mi tristeza:  
ha regresado a la patria,  
entre sagradas maderas,

---

(1) Caserío cerca de Coquimbo en cuya escuela Gabriela Mistral se inició como maestra rural.

dormida como una espiga,  
la madrecita Gabriela,  
en un corazón de cóndor,  
cruzando el cielo de América.

Por eso los horizontes  
que los estíos argentan  
trenzan ramos de heliotropos  
en la cruz de las banderas.

Voy a contaros su vida  
como a los nietos le cuentan  
los labriegos del invierno  
historias de hadas y reinas.

En el jardín de Vicuña  
como nace la azucena,  
movió la niña Lucila  
manitas de miel y cera  
y encendió bajo su frente  
ojos de uva montañesa.  
En los brazos de su madre  
fue trepando cordilleras  
y el viento de Monte Grande  
besó el nidal de sus crenchas.  
La sangre azul de los lirios  
le corría por las venas.

Creció la niña Lucila  
junto a la hermana materna  
que le enseñó la corola  
de las sílabas gemelas.  
—Pedúnculo digital  
para el cáliz de las letras—.  
Después le vieron las calles  
plateadas de La Serena.  
La sombra del chirimoyo  
vigiló su adolescencia.  
El mar esmaltó su rostro  
como a cántaro de greda.  
Después la brisa y el trino  
se cuajaron en su lengua.

Un día sintió Lucila  
como el panal las abejas  
que en la mitad de su pecho  
estaba ardiendo una estrella.  
Vio en sus manos palpitar  
un libro de alas perfectas  
y con su enjambre de sueños  
se fue a vivir a la aldea.  
Y en la escuelita rural  
se puso a sembrar violetas,  
a enseñar la voz del agua  
y el tesoro de la tierra.  
Gozo de arbusto florido  
que el sol bendice y corteja.

Predios de La Compañía,  
carrizal de La Cantera...

La luna de Guayacán  
dialogó siempre con ella  
y en un silencio de claustro  
deshojaron confidencias.

Vino al encuentro el amor  
y la enjoyó de belleza  
hasta que la hora amarga  
la dejó de ese amor huérfana.

El rocío de su lágrima  
le sabía a hiel eterna,  
a látigo de ventisca,  
a llamarada violenta,  
a ceniza derramada  
sobre mariposas muertas.

Calló la niña Lucila  
para que hablara Gabriela.

A la ciudad de Santiago  
llegó penando ausencias.

Manos crueles le segaron  
las mieses de sus poemas.

Muchas puertas se entornaron,  
muchas le fueron abiertas.

Bebió el acíbar ajeno  
con cristiana resistencia.

Pero un señor del espíritu  
la llamó hermana y maestra,  
un señor del Chile Grande,  
un varón de alma chilena:  
el maestro de Pocuro  
que se llamó Aguirre Cerda.

En Los Andes, sorbo a sorbo,  
recordó las horas negras.  
Los Sonetos de la Muerte  
devanaba hebra a hebra,  
hebra a hebra devanaba,  
cautiva de la ausencia.  
Por fin el ángel del alba  
dejó el laurel en su diestra.

Todos los hombres de Chile,  
todos los hombres de América,  
los ciudadanos del mundo  
brindaron gloria a Gabriela.  
Y suyo fue el talismán  
de los tesoros aztecas,  
suyo el olivo de Italia,  
suya la palma ecuménica,  
suyo el galardón supremo  
bajo el cielo azul de Suecia.  
¡Bien sabía el Rey Gustavo  
que coronaba a una reina!

Ahora, niños de Chile,  
vuelve la amable viajera,  
pero no viene como antes  
a presidiros la fiesta,  
ni a modelar vuestras almas  
con sus manos alfareras,  
ni a encender con su sonrisa  
las lámparas evangélicas,  
ni a enseñaros las canciones  
del agua, el pan y la estrella,  
ni a regalar con sus ojos  
la luz verde de la hierba,  
ni a deshojar en la brisa  
las palabras nazarenas.

Hoy inmóvil, fría, muda,  
muda de mudez eterna,  
como una espiga de mármol  
torna a la patria Gabriela.  
Con un hábito enlutado  
cubre su cuerpo de reina.  
Trae en sus manos cristianas  
la flor de la luna nueva,  
de la dulce luna elquina,  
la novia de los poetas.

Ay, lividece su rostro  
cierzo de su cordillera  
y se ha cuajado su sueño

en la red de sus arterias.  
Así, oh niños de Chile,  
entre sagradas maderas,  
como un poema de nieve  
torna a la patria Gabriela.

Cantad sus Rondas floridas,  
llenad de voces chilenas  
todas las ciudades, todos  
los jardines de la tierra,  
todos los mares del mundo,  
los parques y las iglesias,  
las colinas aromadas,  
los patios de las escuelas.  
Cantad, oh niños, cantad  
para que Gabriela duerma.  
Y rogad al buen Jesús  
con la plegaria más bella  
que el terral de Monte Grande  
no la despierte, y por ella  
el doblar de las campanas  
para siempre se enmudezca.  
Y decid a vuestras madres  
que no lloren su ausencia,  
porque en el pecho de Dios  
está durmiendo Gabriela.